

## JUNTAS

*por Lourdes Andrade*

---

Se recordaban juntas en el primer recuerdo: al fondo de aquel patio cercado por la hiedra, en mañanas de sol, en tardes empapadas. Ese lugar de grietas, de rendijas, de súbitas bellezas abiertas al fondo de angostos callejones, balcones florecidos, plazuelas chorreantes con sus fuentes antiguas, infranqueables tapias festoneadas de bugambilia, pisos alfombrados de pedruzcos desiguales, portones labrados, interiores de iglesias— —altos y penumbrosos, con fuerte olor a incienso— en los que relucían intempestivamente, dorados retablos a la luz de las velas: el pueblo. Ahí donde crecieron al unísono, en donde fueron juntas al colegio, en donde mayo a mayo, con sus vestidos blancos bien planchados iban a ofrecer a María. Aquella sucesión de despertares, que como los misterios del rosario, se desgranaban siempre semejantes: oscuridad total —frágil, no obstante— era cuestión tan sólo de empujar la ventana y se rompía en la luz sin calor de la mañana en el jardín, húmedo de rocío, oscuros troncos sostenían sus ramas, pesadas de hojas y de agua. Se oían en la cocina las risas de las criadas. Sigilosamente corrían hasta la huerta. Entre las dalias rojas y amarillas, las higueras goteaban frutos dulces y pardos, opulentos naranjos perfumaban el aire, los lirios secaban sus corolas al sol. Inútil esconderse. Después de un baño rápido y helado, de la mano de Chole hasta la escuela: plegarias, delantales a cuadros, cabellos recogidos, limpios cuadernos, lápices puntiagudos, cofias almidonadas, hábitos implacables, silencio forzado, aprenderse las letras y los números: horas a las que no alcanzaba a vérselas el fin. Regresando, las lecciones de música, los juegos —escondidillas, naranja dulce. . . después, el chocolate, y las tías tejiendo, entrelazando estambre con historias ajenas. Mirar caer la tarde en hilos de agua sobre la casa, las calles, el jardín. Más tarde, el cielo limpio, la luna a través de las ramas, mojadas todavía. Vuelta a la oscuridad, y entre las sábanas, compatir sueños de príncipes azules.

A los quince años: juntas el primer baile, el primer beso, el primer desengaño. Todo se destilaba en confidencias, de cama a cama con la luz apagada. Y siguieron las fiestas, los paseos, los tules y las lágrimas, hasta que se agotaron las sorpresas. La vida, reiterada, se prolongó en las noches de diálogo cansado.

Luego, la oscuridad se hizo distancia, continuidad de cartas que iban y venían, hilvanando los días. Clara se había marchado, dajando atrás esa espiral sin fin en que los años se desmoranaban sobre aquel sitio sin transcurrir del todo, acumulándose, como el polvo, en rincones, resquicios, en miradas y voces de la gente. Inés se había quedado, y recibía noticias de su hermana —su vida, otra vida y ajena, acuosas, limpia, consistente, frutal. Y su resentimiento iba creciendo, concretándose, adhiriéndosele, hasta no distinguirse de su cuerpo.

Ahora, el reencuentro: lo mismo que el dolor, los años y los días se habían disuelto, imperceptiblemente.

Clara observó la lluvia caer tras la ventana. Al compás de las gotas engarzaba recuerdos, como cuentas de vidrio, pintando en las paredes, en el techo y los muebles, círculos de arcoiris.

Inés miró el pasillo, alargado a intervalos de luces y de sombras. Se encontró con sus pasos, huellas sin dirección. Todo estaba marchito, todo se reseco. . . contempló la pared, blanca como su tiempo. . .

Clara seguía evocando la vida transcurrida: los dolores, los hijos, los amores, las muertes. . . aquellos días hilados, minuto tras minuto, de ser joven, ser madre, soñar y fracasar, desear y despedirse, vivir y desgastarse. . y derivar —tras de noches y días— en aquel entramado de silla ineludible, cabellos incoloros, de huesos y memoria.

Inés hizo un recuento de sonatas al piano, acatamiento y calma, de manteles bordados, de silencio, de miedo, de misas y rosarios. Recordó con despecho el dolido compuesto de flores y de velas y de atuendos de luto: orfandad a destiempo. Pensó entonces: la muerte debería de ser una, definitiva, súbita, no aquel lento ir dejando la carne y la alegría en vidas prolongadas en descomposición, no aquella podredumbre padecida paulatinamente en cuerpos ajenos. Y la reiteración de noches y de días cuyo roce deslava, erosiona.

Juntas miraron morir aquella tarde, la vieron escurrirse detrás de la ventana. Juntas de nuevo, se hundieron en la noche, juntas volvieron al sueño y al olvido.